

presentación en el Templo, la circuncisión y la huida y regreso de Egipto; la cuarta reúne pequeñas obras maestras; la quinta se centra en el hogar de Nazaret, incluyendo también a santa Ana; y, por último, la sexta, ofrece un tema iconográfico tan singular como es el de «las dos Trinidades»: la del cielo (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y la de la tierra (Jesús con la Virgen y san José), según puede verse, por ejemplo, en el lienzo que José Risueño pintó para la basílica granadina de San Juan de Dios. En total, cuarenta y siete piezas magníficas, entre las que es prácticamente imposible seña-

lar alguna preferencia dada su enorme calidad artística y estética.

No cabe duda que la magnífica impresión de estos catálogos, publicados por la Diputación Provincial de Granada, contribuye de manera decisiva a convertirlos, también por sí mismos, en piezas de colección. El rigor de los textos, la calidad de las fotografías, la presentación esmerada hacen de los mismos el regalo perfecto para cualquier amante de la belleza.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra

José RAMOS DOMINGO, *La pintura religiosa del siglo XIX en España*

Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca,
Salamanca 2012, 152 pp.

El arte decimonónico de inspiración religiosa es todavía muy poco conocido. Tras la eclosión del barroco, la pintura y la escultura de temática sacra sufrieron un grave retroceso por varios motivos, fundamentalmente de carácter ideológico, de forma que fácilmente se puede pensar que casi llegó a desaparecer durante el siglo XIX hasta su posterior reaparición en forma de imágenes en serie y láminas de dudosa calidad artística y estética.

El profesor de la universidad pontificia de Salamanca José Ramos Domingo, secretario general de la Fundación Las Edades del Hombre durante algunos años, contribuye con esta publicación a rellenar esta laguna, presentando el rico y variado panorama de la pintura española del siglo XIX de temática religiosa, abarcando también algunas décadas de la centuria anterior. Así, traza el recorrido desde la pintura academicista hasta el realismo finisecular pasando por la genialidad de Goya, las influencias románticas extranjeras marcadamente acusadas en el caso del movimiento de los prerrafaelitas y de los nazarenos (estética esta última que arraigó fuerte-

mente en Cataluña), la pintura historicista o las repercusiones artísticas del costumbrismo religioso.

Desde mediados del siglo XVIII los gustos estéticos hispanos vinieron determinados por la reacción antibarroca y el clasicismo academicista que tiene en Antón Rafael Mengs a su máximo exponente. Con aires ya neoclásicos surgen las figuras de Francisco Bayeu y de Mariano Salvador Maella, eclipsadas por la genialidad de un Goya que tiene más producción artística de temática religiosa de la que habitualmente se piensa, especialmente en su primera etapa. Se hace necesario incluir en esta nómina a otros ilustres artistas como Zacarías González y Vicente López Portaña. Ya en pleno siglo XIX se desenvuelven José Gutiérrez de la Vega, Antonio María Esquivel y Eugenio Lucas, los dos primeros aún influidos por la estética de Murillo. A partir de Madrazo la corriente de la escuela de los nazarenos se introduce en España, con notable fortuna especialmente en el ámbito catalán, cuya última manifestación ha de considerarse la imagería en serie de los famosos

talleres de arte sacro de Olot. Otros autores se mueven en clave diversa, como el purismo si bien, en conjunto, lo más destacado es el eclecticismo de los pocos autores que se animan a plasmar asuntos de temática religiosa. También la pintura historicista buscó su inspiración en sucesos de las vidas de los santos, con nombres como José Moreno Carbonero o Virgilio Mattoni. Por último, durante la segunda mitad de la centuria decimonónica el costumbrismo religioso irrumpió igualmente en el mundo de la pintura con un Mariano Fortuny o un Joaquín Sorolla a la cabeza. Los nuevos gustos de inspiración realista contribuyeron no poco al declinar de la pintura religiosa en España a pesar de notorios intentos por evitarlo, como el desarrollado por el Cercle artístic de San Lluç, inspirado por Torrás

y Bagés, y del que participaron Joan Llimona y, quizás, Santiago Rusiñol. También dentro del costumbrismo pueden incluirse algunas pinturas de Julio Romero de Torres y del mismo Pablo Picasso en sus años jóvenes.

Interesante repaso al panorama artístico español del siglo XIX el que ofrece Ramos Domingo, en una publicación amena que reproduce numerosas obras de los pintores mencionados y que ofrece pistas muy interesantes para futuros estudios, entre las que sobresale a mi parecer la influencia ejercida en España por Johann Friedrich Overbeck y la Hermandad de San Lucas, núcleo germinal de la estética romántica de los nazarrenos.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra

José RODA PEÑA, *Pedro Roldán. Escultor. 1624-1699*

Arcolibros, Madrid 2012, 382 pp.

El acreditado investigador y profesor de la universidad de Sevilla, José Roda Peña (1964), ha sido el encargado de redactar la biografía del escultor hispalense Pedro Roldán para la colección *Ars Hispanica* de la editorial Arcolibros. Se trata de la personalidad más destacada del panorama artístico sevillano de la segunda mitad del siglo XVII y una de las figuras más brillantes dentro de la escultura barroca española, cuya influencia se perpetuó a través de su taller y de su propia familia, entre cuyos miembros destaca por su delicada elegancia su hija Luisa, la Roldana, primera mujer que llegó a alcanzar el título de escultora de cámara del rey.

Con su habitual sagacidad y dominio de las fuentes y de la bibliografía (como demuestra en la valoración historiográfica), Roda ha trazado una biografía, vital y artística, del escultor que habrá de tenerse en cuenta a partir de ahora cuando se haya de hablar de Pedro

Roldán. El perfil biográfico arroja luces sobre los años de aprendizaje artístico y los consiguientes de su consolidación como escultor en Sevilla hacia 1664, fecha a partir de la cual se desarrolla lo que el autor denomina «la década prodigiosa» (1665-1675) por la cantidad y calidad de las obras producidas; sigue a ésta, otra década marcada por los viajes (1675-1684) y, finalmente, «una ancianidad pletórica de encargos» (1685-1699). Esta incesante actividad de Pedro Roldán hubo de conciliarse con sus deberes familiares y religiosos, una vez que –como yo he mismo he tenido la oportunidad de certificar documentalmentemente– ingresó como hermano de la Santa Escuela de Cristo, buena prueba de su acendrado espíritu cristiano.

La segunda parte del libro se centra en diversas «facetas de su personalidad artística», es decir, en los rasgos configuradores de un estilo propio (peculiar técnica de la talla, ca-